

POR JOSÉ JAVIER ESPARZA

LA MARCHA VERDE

Todo lo que no nos contaron



Octubre de 1975. Franco agoniza sin remedio. Ante la inminencia de su muerte, entra en la escena española un invitado al que nadie esperaba (o quizá sí): Hassan II, rey de Marruecos, que organiza una invasión ilegal del Sáhara español. El Sáhara occidental, al sur de Marruecos, era provincia española desde 1884. A partir de 1958 tuvo incluso sus propios procuradores en Cortes. Su capital, El Aaiún, se convirtió en algo parecido a una ciudad moderna. Todos los nativos de la provincia recibieron su DNI, la nacionalidad española y el correspondiente Libro de Familia. A partir de 1968, sin embargo, comenzó la agitación independentista, que terminó fraguando en la creación del Frente Polisario en 1973. Desde varios años atrás, la ONU venía reclamando que los ciudadanos del Sáhara español pudieran decidir su futuro en referéndum: seguir en España o ser una nación independiente. El Gobierno de Franco, después de muchas dudas, anunció el referéndum para 1975. Pero entonces entró en liza Marruecos, que ambicionaba aquel territorio y no quería el referéndum ni en pintura.

El rey de Marruecos, Hassan II, atravesaba momentos delicados después de que dos golpes de estado hubieran hecho tambalearse su corona. La crisis saharauí le vino pintiparada para desviar la atención de su pueblo. No podía invadir militarmente el territorio porque eso significaría una guerra con España, pero sí podía buscar una fórmula de extrema presión política. Eso fue la «Marcha Verde»: una invasión aparentemente civil de 350 000 paisanos marroquíes (muchos de ellos, en realidad, militares camuflados) que penetró en el territorio del Sáhara español.

Hoy sabemos lo que pasó realmente: los documentos desclasificados por la CIA en 2017 lo cuentan con toda claridad. Marruecos había anunciado a los Estados Unidos en abril de 1975 lo que se proponía. Un mes después, una misión de las Naciones Unidas visitaba el Sáhara y se pronunciaba claramente en contra de los intereses marroquíes. El correspondiente informe del Tribunal Internacional de Justicia no se conocería hasta octubre, pero para entonces Hassan ya había comenzado los preparativos. El 16 de octubre, el rey de Marruecos anunció formalmente que la «Marcha» iba a tener lugar. La reacción del Gobierno español, presidido entonces por Carlos Arias Navarro, fue aparentemente rotunda: de inmediato se ordenó a la delegación española en la ONU que solicitara la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad para denunciar la invasión. Pero había gato encerrado: al mismo tiempo, el ministro secretario general del Movimiento, Solís, viajaba a Marruecos en busca de una solución. ¿Por qué el ministro del Movimiento y no el de Asuntos Exteriores, Cortina Mauri? Esta es la cuestión. Cortina era partidario de defender la soberanía española hasta la descolonización en los términos marcados por la ONU. Solís, por el contrario, mantenía vínculos con el lobby pro-marroquí en Madrid, un lobby muy bien situado en medios financieros, mediáticos y militares. En la misma onda estaban el ministro de la Presidencia, Antonio Carro, y el propio presidente del Gobierno, Arias Navarro. Ambos, por cierto, «recuperados» después en las listas de la Alianza Popular de Fraga.

¿Eran sólo ellos? No. También hay que hablar del papel de Juan Carlos de Borbón, en aquel momento jefe del Estado interino. Los documentos desclasificados por la CIA son muy elocuentes. El 2 de noviembre, el aún príncipe viajó a El Aaiún, la capital saharauí, visitó a las tropas y pronunció unas palabras rotundas: «Se hará cuanto sea necesario para que nuestro Ejército conserve intacto su prestigio y su honor». Pero el 6 de noviembre, el día que empezó la invasión, Juan Carlos habló con el embajador americano, Wells Stabler. Éste dio cuenta de la conversación en un informe reservado: «Madrid y Rabat han acordado que los manifestantes sólo entrarán unas pocas millas en el Sáhara español y que permanecerán un corto periodo de tiempo en la frontera, donde ya no hay tropas españolas». Stabler cita al propio Juan Carlos. Acto seguido, La Marcha Verde entró en el Sáhara.

Lo más importante estaba cociéndose en otro puchero. Mientras la ONU seguía en su exigencia de cancelar la Marcha Verde y entregar la administración del Sahara a la propia ONU, el ministro Carro viajaba a Rabat con una propuesta. No era para dar un ultimátum a Hassan, sino para todo lo contrario: España proponía entregar a Marruecos la administración del Sahara, y le habría entregado la soberanía de no ser porque Cortina, el ministro de Exteriores, se mantuvo firme contra todas las presiones. El acuerdo se firmó el 14 de noviembre con la anuencia de Mauritania y la exclusión de Argelia, las otras dos potencias implicadas. Los acuerdos de Madrid dejaron el asunto visto para sentencia. Era una clara victoria

marroquí, fruto del mismo esfuerzo de lobby que Rabat sigue desarrollando hasta la fecha. Con aquellos acuerdos se ponía en marcha una administración tripartita -España, Marruecos, Mauritania- que en realidad era sólo una transición para la entrega del Sáhara a los marroquíes. Las tropas de Hassan entraron en El Aaiún el 11 de diciembre. Las tropas españolas que aún permanecían en Villa Cisneros embarcaron el 12 de enero de 1976. El último personal administrativo y militar abandonó el Sahara el 26 de febrero.

España se marchó. El lobby marroquí en España permaneció siempre activo, especialmente próximo ahora a los sucesivos gobiernos socialistas. Los saharauis nunca tendrían su referéndum. Desde entonces el contencioso del viejo Sáhara español sigue sin resolver, a medida que el poder marroquí crece en la región. Y nunca supimos qué dio Marruecos a cambio de aquel pacto de Madrid.